

San Esteban de Viguera,

SINGULAR Y RECUPERADA

Ermita de San Esteban, recién restaurada.

TEXTO: Rubén Pérez Alonso, Rosana Foncea López y José Luis Pérez Pastor

FOTOGRAFÍAS: Gobierno de La Rioja

Resguardada en una oquedad de la peña que se yergue frente a Viguera, la ermita de San Esteban es un sencillo templo que hunde sus raíces en el siglo VIII, época visigótica, aunque adquirió su actual estructura en el s. XII, en estilo románico. En su interior se conserva una magnífica colección de pinturas murales. La pobreza de sus materiales y los desprendimientos del entorno han hecho necesarias varias intervenciones de restauración, tanto en el siglo XX como muy recientemente. Gracias a ellas, la ermita se conserva como una de las joyas arquitectónicas, históricas y artísticas de La Rioja.

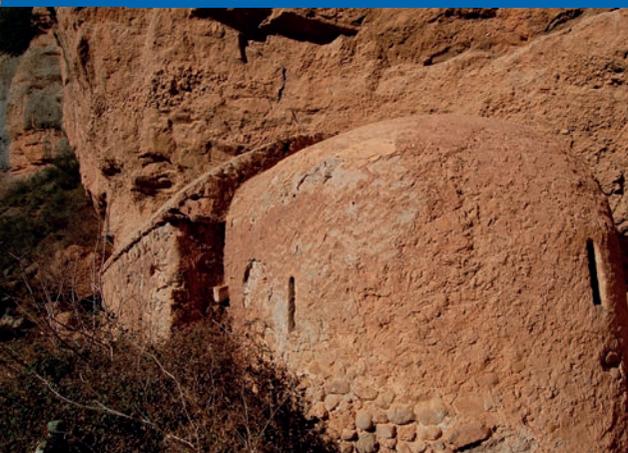
DESCRIPCIÓN DE LA ERMITA

La ermita de San Esteban es una construcción relativamente pequeña, con 8,89 metros de largo y 4,90 de ancho como medidas generales, dentro de las cuales se engloban tres partes principales: la nave; el iconostasio, que es un muro transversal que se compone como elemento de transición entre la nave y la cabecera

y que cuenta con tres huecos; y la cabecera, constituida por dos partes, una primera de presbiterio, con muros de carga y bóveda de cañón, y otra, el ábside semicircular donde se encuentra el altar, cubierto con casquete esférico. Es una construcción sin cubierta, en la que el propio trasdós revocado de las bóvedas hace de cobertura al espacio interior.



Estado de la ermita antes de la última restauración.



Se encuentra construida con materiales muy heterogéneos, todos reutilizados del entorno: cantos rodados desprendidos de la peña, piezas de arenisca, elementos de conglomerado... Todo ello trabado con mortero de cal y acabado con mortero de yeso, cal o cemento, dependiendo de la época de su consolidación.

Pero la verdadera sorpresa se esconde en su interior, porque unas pinturas murales sobre las fábricas, que se mantienen originales de la época románica, aportan el ambiente misterioso y de lucidez en este tosco edificio, en el que no ha quedado ni una sola traza regular en su formalización. Seguramente esta imagen sencilla y pobre del edificio se encontraba en consonancia con el origen de su emplazamiento, dentro del ideario eremítico que forjó su ejecución.

Las pinturas presentan un complejo contenido iconográfico, pese a que una parte de las mismas se perdieron con el desplome de la bóveda del ábside, de buena parte de la nave y del muro sur, durante el siglo XX. Hay que advertir que estas pinturas no están realizadas al fresco, sino que fueron de ejecución más simple, para lo cual se emplearon pigmentos naturales propios de la zona, con alguna sustancia orgánica como aglutinante, tal vez cola de origen animal. En su composición se emplearon, ade-

más del blanco y el negro, los colores ocre y rojo, sobre una superficie de mortero de cal.

EL CAMINO DE LA RESTAURACIÓN

La historia de la ermita es dilatada, y conoció momentos de mayor y de menor actividad, incluido el lapso de tiempo, entre los siglos XVIII y XIX, en los que existió una cofradía vinculada al templo. En cualquier caso, un progresivo abandono devino en que para los años 50 del siglo XX, la ermita se encontraba literalmente “arruinada”, según expresión del arquitecto Rafael Gil Albarellos, que redactó una breve descripción del monumento a instancias del Instituto de Estudios Riojanos. Las imágenes que acompañan esas notas muestran que la iglesia se encontraba con la bóveda del ábside desplomada en gran parte y también parte de la bóveda de la nave hacia el lado meridional, incluido el muro donde se encontraba el acceso, que debía encontrarse al sur. Las pinturas habían sido revocadas en una etapa anterior, quizá en el s. XVIII.

Ante esa situación, Gil Albarellos dirigió una restauración que debió hacerse de modo casi privado y de la que no se guarda documentación ni memoria. Sabemos que se levantaron

Vista general superior, 1952.





Vista general lateral, 1952.



las bóvedas de nuevo, se cambió el pequeño acceso de la ermita al norte, se restauraron las pinturas a su lugar original, aunque con errores, y se rehizo el muro del ábside al este. También aparecen reconstruidos los otros dos vanos del ábside, no se sabe si respetando el modelo preexistente.

El muro sur se rehizo al mismo tiempo, a juzgar por el desplome que se observa en esas imágenes. El material usado para la reconstrucción de las bóvedas fue el hormigón, que según la inspección que se giró en 1998 presentaba síntomas de aluminosis. También se reformó el alero en los muros de la nave, formado por toscos canecillos de piedra, quizá siguiendo la disposición y forma original. La grada y banco del altar son también producto de esa restauración.

La ermita fue despertando renaciendo en el interés de las gentes y, en 1984, fue declarada Monumento Histórico-Artístico.

El siguiente paso en su recuperación tuvo como objeto las pinturas. Se realizó en 1998 por parte del Taller Diocesano de restauración,

siendo la Fundación Caja Rioja la promotora de las obras. Se limpiaron superficies, se fijaron los soportes y se sellaron las grietas y fisuras existentes. Posteriormente, se publicó una monografía dedicada al respecto.

LA ÚLTIMA RESTAURACIÓN (2014)

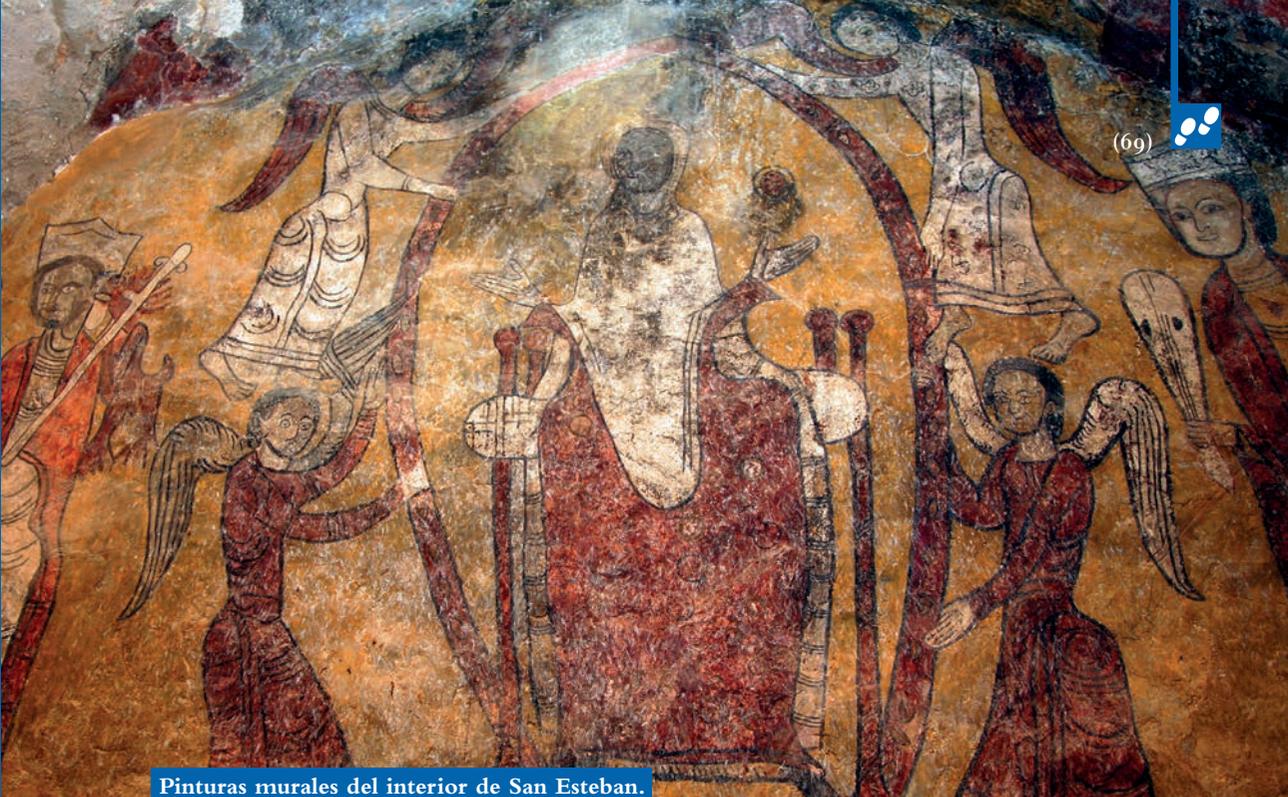
La última intervención sobre la ermita se produce debido a la preocupación institucional por su estado de conservación.

Se realizaron estudios geotécnicos para descartar la posibilidad de que las patologías presentes hubieran sido causadas por el asentamiento de su apoyo y, tal como se sospechaba, ésta no resultó ser la causa, como tampoco lo era el empleo de hormigón pobre en las bóvedas reconstruidas en 1953.

Antes de acometer el proyecto de consolidación, y tras la continua inspección del edificio se llegó a la conclusión de que la causa de los daños registrados no era otra que la incidencia de la escorrentía superficial, procedente de la peña. Este proceso había provocado el deslavado progresivo de la mitad de la bóveda y el desgaste del muro sur del ábside. La precipitación recurrente propició la meteorización del hormigón pobre de los años 50 y del material de unión de los elementos pétreos, facilitando la filtración del agua en el interior y la ampliación paulatina de las grietas visibles. La escasa calidad constructiva de las fábricas originales de la ermita tampoco facilitó su conservación.

El proyecto, acometido desde la Dirección General de Cultura del Gobierno de La Rioja, quiso hacer compatible la intervención restauradora con la conservación y potenciación de los aspectos fundamentales que caracterizan actualmente la edificación y su entorno: su sencillez, su solidez y el aura de espiritualidad y misterio que lo rodea.

Una vez protegidas las pinturas del interior, las actuaciones sobre la ermita fueron dirigi-



(69)

Pinturas murales del interior de San Esteban.

das a devolver la edificación a su estado constructivo original desde el punto de vista de su formalización material y de la cohesión de sus componentes. La base de las labores consistió en la cementación de las fábricas y bóvedas, que habían perdido su cohesión por la acción del agua, para restituir sus condiciones originales. Como la calidad constructiva es muy pobre, y todos los indicios apuntaban a que el edificio se encontraba revestido con un grueso acabado, se rebozó toda la ermita mediante un revoco que preservase su materia. Así mismo, se eliminaron todas las intervenciones superficiales nocivas, que fueron sustituidas por un material más acorde a la naturaleza de la obra. Igualmente, se ejecutó un drenaje perimetral, se limpiaron los paramentos existentes, se reconfiguró un remate en canalón existente al sur, se sellaron grietas y fisuras, se retacaron y rejuntaron las fábricas, se revistieron fábricas y bóvedas, y se aplicó un hidrofugante a la cubierta de la ermita.

En cuanto al acabado, hay que señalar que el edificio se encontraba totalmente mimetizado con su entorno gracias al zarpeado terroso añadido en 1953 y a que, por la acción de la

escorrentía y el viento, la roca meteorizada, de tonos marrones, había ido impregnando la superficie de los revestimientos. No obstante, en algunas zonas se conservan revestimientos, si no originales, sí coetáneos a sus épocas de construcción, que no tienen nada que ver con la obra realizada en 1953. Estos revestimientos se elaboraron con un material abundante en los alrededores, los yesos, mostrando una coloración tan clara como su principal componente. Tras la valoración de los técnicos, se seleccionó una muestra que, lejos de aparecer tan blanca como el mortero original de yeso, se aproxima mucho al tono grisáceo del hormigón. No se consideró adecuado recurrir a un tono más claro puesto que, en los días soleados, deslumbraría por la intensidad del albedo, y tampoco parece necesario recurrir a tonos terrosos porque, como se ha comprobado al analizar las fábricas antiguas, la propia naturaleza los aportará paulatinamente.

Así las cosas, la ermita de San Esteban ha entrado en el siglo XXI lista para recibir al visitante que quiera admirar los deslumbrantes ecos de la Historia contenidos entre sus humildes muros.